

¿Un Epitafio Para la Democracia?

Por Julio Brea Franco

Sucedió en Caracas hace tan solo algunos días. Fue un cónclave muy especial: un ramillete de ex-presidentes constitucionales, provenientes de los más variados pedazos de geografía de esta América nuestra, aceptaron compartir jornadas e intercambiar experiencias y reflexiones. El tema fue: "La Democracia en América Latina: frustraciones y perspectivas". Rica, multifacética, polémica temática. Sobre ella se ha gastado mucha tinta, se ha invertido tiempo en su meditación y en su discusión. Aquí, allá, en todas latitudes. Ayer y hoy. Y posiblemente mañana también. Ya lo dijimos: estos son tiempos de "demolatría".

De los pocos hombres que en nuestro país han exhibido con gallardía esa banda tricolor, símbolo de la más encumbrada magistratura, colocada por manos ungidas de voluntad popular, tan solo uno asistió. Fue el que gobernó siete meses en el amanecer de la pasada década. Ferviente demócrata de antaño, que abofeteado y decepcionado por el derrumbe de un experimento del que fue protagonista, hoy no escatima esfuerzos para proclamar a los cuatro vientos el haber dado la espalda a un ideal y abrazado otro, que a su juicio, exhibe mayor potencialidad de redención para el hombre explotado y pisoteado. Sí, fue Juan Bosch.

Y Bosch sería el "enfant terrible". Su pausada voz, su característico estilo de comunicar resaltó por sus planteamientos. Resaltó ante aquellos hombres, que no obstante el haber encarado la cruda realidad, esta cruda realidad latinoamericana, aun conservan aliento y fuerza para continuar echando leña, avivando el ardor de la ilusión democrática.

La democracia en Latinoamérica no ha sido más que un árbol sembrado en un terreno pedregoso cuya carencia de nutrientes es la responsable de su raquítica frondosidad. El terreno no es el adecuado. Ha faltado el ingrediente fundamental. Pero también, un vecino poderoso no ha escatimado en marchitarlo posando sobre él las botas lustradas de su cuerpo armado. Y un árbol raquítico, atrofiado en su crecimiento, no es verdad que puede parir frutos que sirvan para calmar ruidosos estómagos vacíos que vegetan en casuchas endebles desparramados en nuestro relieve continental.

Esto fue lo planteado por Bosch: la Democracia es la forma política del capitalismo. Donde éste no se ha desarrollado, mal puede aquella instaurarse. No se puede dejar de lado, en el planteamiento del problema, el intervencionismo norteamericano, el imperialismo. Solo el socialismo puede ser eficaz para resolver los problemas del subdesarrollo latinoamericano.

Este análisis y esta conclusión fueron recibidos con sorpresa, no obstante que ya los participantes tenían algunas noticias de la radicalización de su ex-colega dominicano. Pero si causó sorpresa la franqueza con que confesó su posición política actual,

no dejó de arrancar elogios "su brillantísima pieza", como la definiría Eduardo Frei, y despertar respeto y opiniones como la externada por el colombiano Pastrana Borrero, que lo definió sí como un marxista, pero también como "un enamorado de las libertades del continente" que no ha podido "desprenderse de su gran convicción democrática, que ha sido el alimento de toda su vida pública".

Los planteamientos de Bosch son serios. Entonces, con la misma seriedad deben ser analizados y considerados. No es ésta la primera vez que este pensador político nuestro pone la democracia sobre el tapete. En los años posteriores a la conmoción de 1965 arremetió contra ella cuando planteó la tesis de la "Dictadura con respaldo popular", que luego sería dejada de lado. Ahora, un Bosch más definido, más marxista -si se nos permite la afirmación- desde aquel lado, retoma argumentaciones que pueden ser fascinantes por su poder de convencimiento y su realismo. Planteamientos que merecen ser discutidos y examinados con el reposo, sin apasionamientos, con rigurosidad. Y deben serlo, sobre todo porque los dominicanos tenemos un aquí y un ahora que debe preservarse aun con las incoherencias y el grado creciente de insatisfacciones que está produciendo.

Hablar de las bondades y de los defectos de un sistema político cualquiera exige explicitar de inmediato los sentidos en que ello puede hacerse. Una cosa es hablar de un ideal, otra referirse a una realidad. Una cosa es hablar de lo que debe ser la democracia como sistema político y otra es referirse a los sistemas políticos democráticos existentes en la realidad. Si no nos ponemos de acuerdo en cuál de los dos planos hemos de situarnos, es muy probable que una conversación, cuya temática sea ésta, se convierta en un monólogo a dos.

La democracia ideal no existe y muy probablemente no existirá.

La democracia real está plagada de defectos e imperfecciones que la tornan frágil y susceptible de ser criticada. ¿Pero acaso no sucede lo mismo en los sistemas socialistas con eso de la Dictadura del Proletariado, en teoría una dictadura de clase, pero en realidad, como se ha dicho, una dictadura de una burocracia de partido, de una "nueva clase"?

Ningún sistema político está exento de pecado. Si lo fuera, sus miembros no pertenecerían a la especie humana. Quizás tendrían su morada en el Olimpo: serían dioses. Pero esta imperfección no escatima que el hombre continúe haciendo esfuerzos para tratar de alcanzar en vida lo que la religión promete después de la muerte.

Una problemática tan polidrica, tan multifacética como esa de la democracia, con los argumentos esgrimidos en su contra que resaltan su ineficacia para resolver los problemas de toda una población que vive en condiciones infrahumanas, es

prácticamente imposible resumirla en unas cuantas líneas, sobre todo cuando acerca de ella es mucho lo que se ha dicho y muchas las experiencias que se han cosechado.

Pero ello no es óbice para que podamos resaltar, como si escogiéramos tan solo una flor silvestre de las tantas de un campo coloreado, una idea, que nos luce constituye el punto luminoso de las argumentaciones positivas en favor de la democracia. Ella es la idea de la libertad. Democracia es participación, es respeto de los derechos individuales, pero es también búsqueda de bienestar social y económico. Hoy democracia no significa lo mismo que en los inicios del presente siglo. Democracia liberal no es igual a democracia social. En aquella, el Estado no era más que un parásito. No hacía, no intervenía. Todo se dejaba a "las leyes invisibles de la oferta y la demanda". ¡Era el laissez-faire! La burguesía reinaba indiscutida depredando, explotando.

Pero las luchas de las masas, las batallas ganadas por los trabajadores, el triunfo del socialismo traducido ya en sistema político, la difusión del marxismo, y las crisis del capitalismo han parido, han ido moldeando un tipo de democracia encarnado en un Estado intervencionista, cada vez más intervencionista, que lo ha despojado de su vestimenta de gendarme y que lo ha convertido en asistencial. Por ello, cuando hablamos de democracia debemos también pensar que ella está dentro de la historia y que por ende recibe los embates del tiempo.

Pero una cosa debe quedar sentada. Democracia, aun democracia social, significa libertad. Con ella no se puede transigir ni siquiera por razones tan poderosas como esa del desarrollo económico. La avenida, el camino de la democracia es la libertad. Una libertad que hace esfuerzos, reales y efectivos, para promover la igualdad y así dar mas sustancia a aquello que se dice que es formal.

El sendero de sistemas totalitarios, totalitarios porque una parte de la sociedad aplasta las demás y abiertamente proclama su verdad como la verdad de esa sociedad, es diferente. Primero bienestar social y económico y luego libertad. Solo a través del primero, se dice, puede tener sentido la segunda.

¿Serán estos caminos de oblicuas que se encontrarán en algún punto en el espacio? Puediera ser. Pero de lo que sí estamos conscientes es que creer o no en la democracia se torna en un problema de fe. Quien tenga fe en la libertad, quien esté dispuesto a luchar por que esa libertad sea cada vez más plena removiendo obstáculos y promoviendo transformaciones, ese tendrá fe en la democracia no obstante sus defectos y sus imperfecciones.

Ese no abandonará el terreno de la lucha y dirá siempre que es aun temprano para escribir el epitafio de la democracia. Y entre estos, no nos avergüenza confesarlo, nos incluimos.